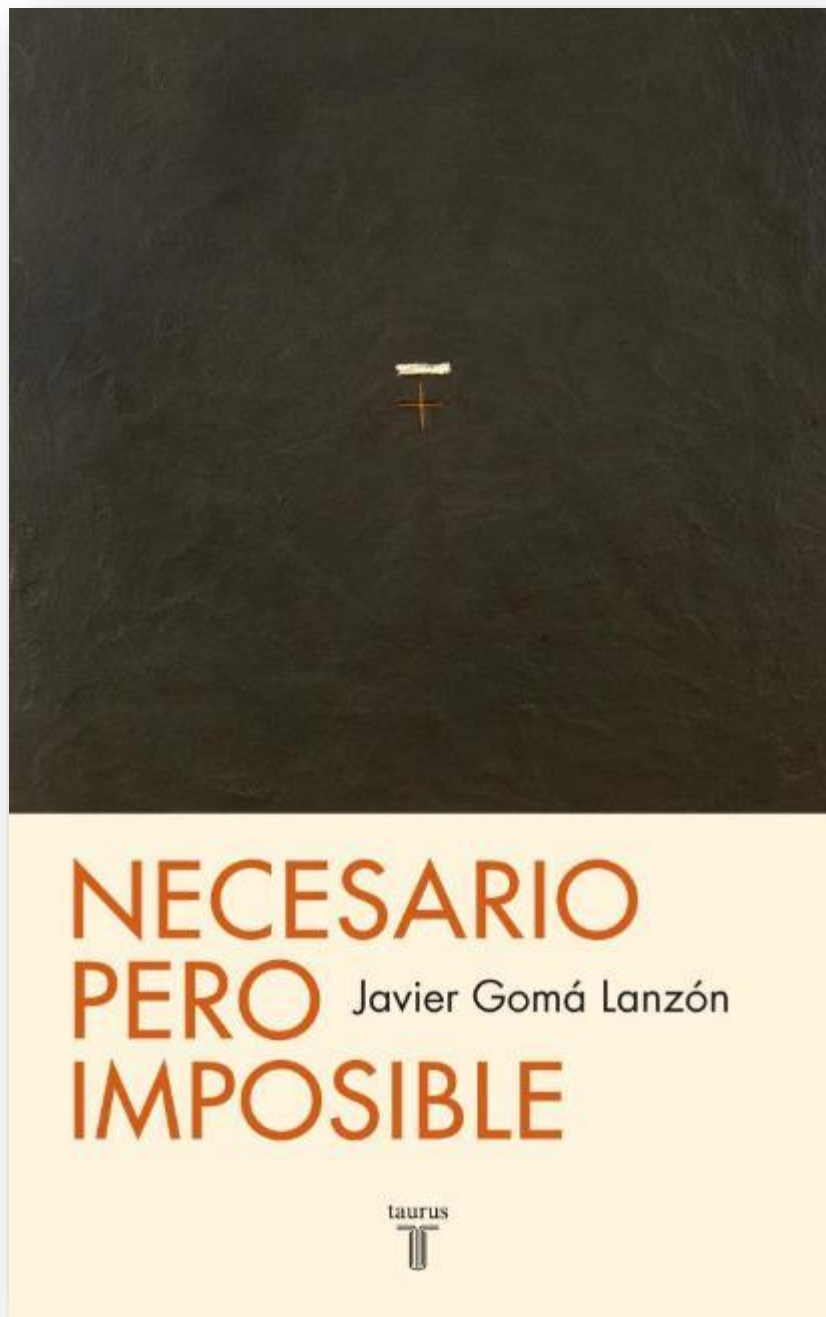




¿Qué podemos  
esperar?



El mundo se comporta como un verdugo sádico con algunos, triturados por su cruel economía. Son apartados del camino con tanta brutalidad como falta de justificación, y sus destinos son anulados aún antes de haber llegado a ser.



No es razonable conjeturar, en el terreno de la experiencia, la mano de una inteligencia o de una voluntad que prevea y, previendo, provea al yo de las condiciones necesarias para realizar su más alta posibilidad como hombre.  
¡Mundo injusto!



Cuando el sujeto moderno observa cuál es el tratamiento que la naturaleza o el mundo le dispensa, la antigua admiración por el cosmos se torna nostalgia, porque no cabe duda de que el mundo se muestra estructuralmente injusto con los individuos.

La constatación de la injusticia del mundo arrastra el decaimiento de la imagen premoderna de un Dios que crea armoniosamente el cosmos y lo corona.



Mientras el credo proclama que Dios todopoderoso ha creado el mundo, nuestra experiencia de la obra divina no mueve al agradecimiento, sino más bien al resentimiento o a la rebeldía por la amarga injusticia que nos obliga a padecer y que se consume de modo implacable en la muerte. Somos las principales víctimas de un mundo que no hemos creado y que nos hostiliza. Este libro se interroga sobre bajo qué condiciones se podría restaurar la perdida veracidad de la esperanza.



Para los teólogos medievales, el Dios creador conduce al Dios providente, pues el hecho de ser autor del mundo le confiere un derecho dominical sobre todas sus criaturas, siendo la providencia algo así como una de las facultades del domino que corresponden al propietario. Pero no se entiende que el Dios omnipotente, sabio y bondadoso de la religión haya podido crear un mundo tan sórdido con los individuos. La experiencia de este mundo resulta indigna para el yo consciente de su dignidad.



A Dios se le ha reprochado tanto su acción a través de los hechos de la naturaleza (tormentas, volcanes, rayos, terremotos), como su omisión ante la barbarie producida por la libertad humana. Si la creación del mundo fue en su origen una manifestación del poder de Dios, una vez creado, es más bien el testimonio de la impotencia divina, porque desde este primer momento creativo lo finito del mundo adquiere una sólida consistencia que condiciona a su mismo creador y, por así decirlo, ata sus manos providentes.



La creación fue el acto de la soberanía absoluta, con la que ésta manifestó su voluntad de dejar de ser absoluta en función de la existencia de una finitud que se pueda autodeterminar.

Se trata, por tanto, de un acto de autoalienación divina.

En consecuencia, habrá que pensar que la prometida futura acción del Dios compasivo no será ya una iniciativa que modifique la economía del mundo, sino algo distinto, en otro ámbito, de proporciones tan innovadoras como la creación original.



Dios no intervino en Auschwitz porque nunca interviene en la exterioridad del mundo, ni siquiera para salvar del patíbulo a su hijo predilecto.

Esta conclusión, aparentemente antireligiosa, libera a Dios del reproche de arbitrariedad y capricho de un comportamiento que, según la hipótesis providencialista, interfiere unas veces sí y otros no.

A este Dios “maniatado” sólo le queda un medio para canalizar su compasión por el abandono del hombre: crear una salida a continuación del mundo.



No un Dios de la experiencia, sino un Dios de la esperanza.

No transforma la realidad para hacer de ella un mundo mejor, sino que produce un providencial aumento del ser que evita la destrucción definitiva de los individuos, ofertándoles una prórroga a su mortalidad amenazada. Y ello suscitando en la experiencia un ejemplo personal que vive en el mundo, padece su injusticia, siente el abandono, muere como una más de sus víctimas y, desde el profundo del sepulcro, revive a su individualidad mortal por la acción del poder de Dios.



Todo reside en saber si el bien de una mortalidad prorrogada es de verdad posible y por ende esperable o si, tras un análisis maduro, hemos de desechar esta hipótesis como ensoñación fabulosa, acaso un residuo de la mentalidad infantil.

La presentación de un ejemplo prestaría a la esperanza una mayor seguridad de que la conjetura sobre la supervivencia personal no es un mero ente de de la razón, sino una posibilidad, existencia real corroborada en la experiencia y, como tal, generalizable.



Al Dios de la religión natural, causalista y cósmico, se contrapone un Dios de la esperanza.

Ese Dios de la esperanza se compadece del extraño destino del hombre y usa su poder para introducir desde fuera cierta novedad en el funcionamiento de la ciega rueda del mundo.

Es capaz de suscitar el ejemplo de alguien que pruebe en su persona la inexorable injusticia del mundo y, luego, tras morir, ofrezca a los demás el precedente de una continuación transmundana de la individualidad, estableciendo así un modelo esperanzador de mortalidad prorrogada que podrán repetir acaso quienes imiten su ejemplo.



Ese Dios de la esperanza ensancha las posibilidades del hombre proporcionándole un ejemplo novedoso y esperanzador.

Dios suscitó un ejemplo personal en medio de la experiencia, que vivió y murió, pero luego, excepcionalmente resucitó.

Vale la pena examinar con más cuidado la credibilidad para una conciencia moderna de tal pretensión.

Si concediéramos alguna verosimilitud a este precedente de supervivencia personal, es claro que tendría un efecto directo sobre lo que a los hombres nos es posible esperar.

# La hipótesis del eslabón intermedio

- Insólita concurrencia en la figura de Jesús de Nazaret de cuatro hechos muy singulares
- Tres científicamente probados
- El cuarto, una hipótesis que, de aceptarse, explica los tres anteriores y da plena credibilidad a la entera cadena de acontecimientos
- Primer hecho: Temprana divinización de la persona de Jesús por sus discípulos y seguidores
- Segundo hecho: Éxito social que conoció el culto que enseguida se le rindió por todo el mundo occidental

# La hipótesis del eslabón intermedio

- Tercer hecho: La ejemplaridad (super-ejemplaridad) de la persona de Jesús
- La hipótesis que explica lo anterior:
- Como proclamaron sus discípulos, tras la muerte de Jesús se les apareció como viviente, individual y corporal

# La hipótesis del eslabón intermedio

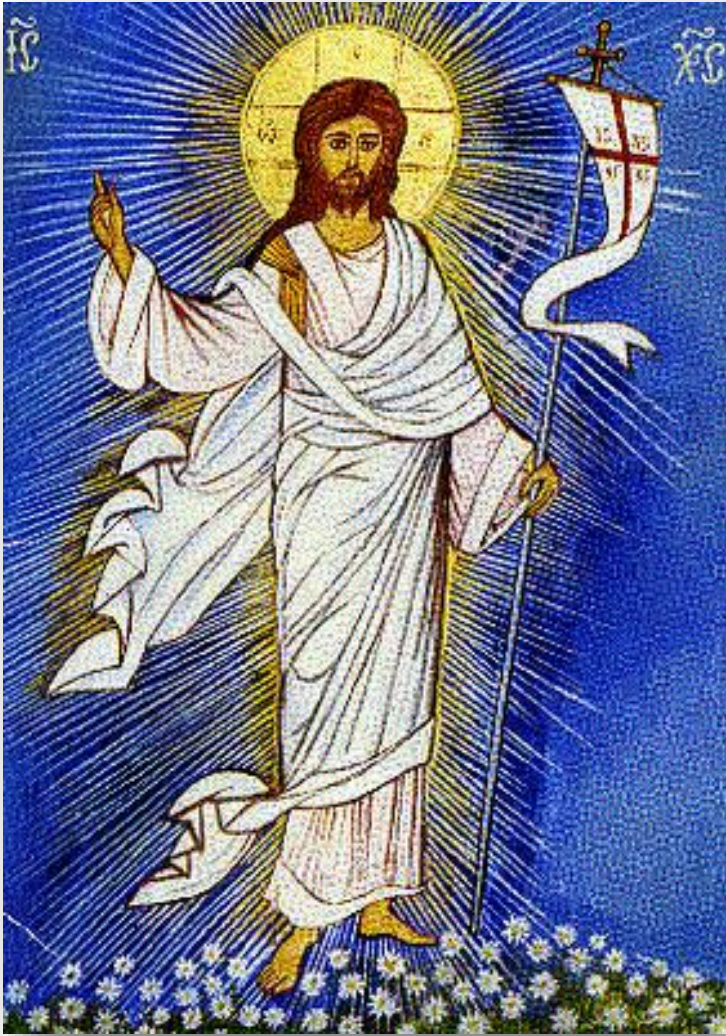
- Encadenamiento congruente:
- Al ser el galileo de una ejemplaridad única y su muerte una intolerable super injusticia, su Padre lo rescató de la muerte
- Su salida del sepulcro convencería a sus discípulos de su condición extrahumana, pues sólo lo que es divino no muere para siempre
- Dada esta condición divina, nada más natural que la expansión universal del culto

# La hipótesis del eslabón intermedio

- Si se admite que la resurrección realmente tuvo lugar, ese eslabón intermedio demuestra una muy elevada capacidad explicativa del resto de los hechos históricamente seguros.
- El eslabón intermedio disfruta entonces de la misma verosimilitud que toda la cadena, a la que otorga sentido y razonabilidad histórica.
- No hay manera de corroborarlo en la experiencia, pero se torna una hipótesis creíble.

# La hipótesis del eslabón intermedio

- La resurrección de Jesús se hace digna de crédito cuando se plantea como hipótesis que conecta de forma persuasiva el proceso de los otros tres hechos excepcionales coincidentes en el galileo.



La resurrección no da solución a la estructural improvidencia del mundo, pero, al abrirle a éste una puerta de salida, introduce una perspectiva diferente que permite al hombre reinterpretar la totalidad de su experiencia del mundo a la luz de esa posibilidad nueva de lo humano, lo que, en la práctica, supone la restauración de una cierta noción de providencia, si bien ya no en el plano de la experiencia, sino en el de la esperanza.



Todas las experiencias del hombre, en cualquier tiempo y lugar, pueden ser vividas como una ocasión para confirmar, depurar y dejarse llenar por la esperanza de una individualidad prorrogada semejante a la del resucitado.

Yo sufro, yo no entiendo todo lo que me pasa; pero mirando al resucitado, en mi mano está utilizar cada una de las vicisitudes de mi existencia como coartada para asimilarme progresivamente al modelo que como yo, fue individual en el mundo y obtuvo tras dejarlo una prórroga a su mortalidad, ampliando los límites de lo real y hurtando al mundo su antiguo monopolio.



¿Cómo orar a ese Dios oculto y silencioso?

Sí celebramos de buen grado y con asombro que exista el ser y no la nada, y considerando los entes existentes, brota el agradecimiento porque Dios haya suscitado en la experiencia un ejemplo que, además de modelo excelente de lo humano, demostró ser eficaz para remover la roca que cerraba el sepulcro.

La oración sería uno de los lugares de aprendizaje de la esperanza.



La esperanza en una mortalidad prorrogada suscita en quien la posee una alegría ontológica que querría propagar a todos los que, como él, sufren la injusticia del mundo.

Lo único que predica con eficacia es el ejemplo visible de aquello que se predica.

El mandato de Jesús de misionar universalmente redundaba en una autoexigencia sobre la vida de uno: la de profundizar en la conversión del propio corazón para mover a otros a pareja progresión desde la experiencia a la esperanza.

Si un grupo dentro de la sociedad imita el mismo modelo de virtud, el resultado esperable es que sus miembros se parezcan entre sí y propendan a ser amigos fraternales y a vivir en buena concordia.



Si ese grupo minoritario finalmente consiguiera, por contagio espontáneo y libre de lo excelente, generalizar su ejemplo a una mayoría social (como ocurrió con la comunidad cristiana primitiva) entonces sería pensable, incluso aquí en este mundo injusto, aproximarse al ideal de una república de amistad. La fuerza de la generalización sólo puede provenir del carisma transformador que emanan la ejemplaridad de vida y la alegría de la esperanza.